

*La Ilustración francesa y su difusión en España
(El caso concreto del Système del Barón D'Holbach)*

*por Maximiliano Fartos Martínez
(Universidad de Valladolid)*

La Ilustración francesa

Los ilustrados españoles se miraban en los franceses (se les llamó afrancesados) pero los franceses admiraban a Inglaterra. En las *Cartas filosóficas* escribe Voltaire: «La posteridad aprenderá con sorpresa tal vez que una pequeña isla que de sí no posee más que un poco de plomo, de estaño, tierra de batán y lana grosera ha llegado a ser con su comercio suficientemente potente para enviar en 1773, simultáneamente, tres flotas a tres puntos del mundo» (dos contra España: a Gibraltar y Porto Bello, y la tercera al mar Báltico).

Sin necesidad de romper con la usual y acertada asociación entre la Ilustración y el siglo XVIII, o siglo de las luces, puede atenderse la sugerencia de quienes reservan para aquella el período que transcurre precisamente entre la Revolución Inglesa, 1688, y la Revolución Francesa, 1789. Tendría la ventaja de caracterizar la Ilustración inglesa, que es la que verdaderamente abrió el siglo de las luces, como movimiento de investigación y de crítica que, en general, no pierde la compostura, sin que por ello deje de ser intensa. «Un inglés, como hombre libre -decía Voltaire- va al cielo por el camino que le place». La francesa, en cambio, es más apasionada y sistemáticamente mordaz, como corresponde a un movimiento que precede y desemboca irremisiblemente en la Revolución. La Ilustración, que se inicia en Inglaterra, se hace más acusada y ruidosa en Francia, desde donde se expande a España, Italia y Alemania, en la que culmina y da paso a otra cosa.

Se le ha llamado al XVIII «siglo Filosófico», y ciertamente no puede negarse que lo sea, pensando que en él vivieron y filosofaron nada menos que Hume y Kant, sin olvidar que Leibniz vivió en él diecisiete años y Newton veintitantos. Pero los que gustan de esa denominación no piensan primariamente en esos colosos para justificarla, sino más bien en el ambiente que había y el prestigio que entonces tenía esa dedicación, reparando algunos, como Windelband, en que llegó a materializarse por una vez el ideal platónico del Rey filósofo. Se refiere, claro está, a Federico el Grande. Es verdad que se carteaba con los «filósofos» y los acogía en su corte, en la que

estuvieron, entre otros, Voltaire, D'Alembert y Lagrange. A este último, recomendado por Euler y D'Alembert, le escribió diciéndole que era necesario que el geómetra más grande de Europa viviera cerca del más grande de los reyes. La disposición de nuestro Fernando VI prohibiendo que se criticara a Feijoo puede verse como una forma sucedánea de protección ilustrada.

Comparados con los renacentistas, que se afanaban por reproducir el ambiente greco-romano, pensando que la perfección «ya se había dado» y era recuperable, los ilustrados no miran hacia atrás, o la hacen sólo para coger carrerilla, apuntando al porvenir donde será posible que todo llegue a estar bien. Su confianza en el progreso indefinido llega a extremos como el de Condorcet, que consideraba realizable en el futuro la esperanza cartesiana de que la vida biológica del hombre llegara a ser ilimitada.

Pero este siglo de la filosofía, lo es también, curiosamente si se quiere, de la música y de la masonería. Händel y Bach, que nacen a finales del XVII, llenan toda la primera parte del XVIII; La vida de Mozart, tan corta como sorprendentemente fecunda, transcurre en la segunda mitad, y Beethoven, como Hegel y Hölderlin, nace en 1770. Pero estos, y aún Schiller y Goethe, que les llevan unos diez y veinte años respectivamente, sobrepasan el marco conceptual de la Ilustración. Si exceptuamos a Alexander Pope que murió en 1744 (había nacido en 1688) se puede concluir que en los años centrales del siglo de las luces no hubo producción poética de envergadura.

En cuanto a la masonería lo mejor es acudir a las apreciaciones de Paul Hazard en su afortunado libro *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*: «Paradoja: gentes que no quieren ya Iglesia frecuentan una capilla oscura». Gentes que quieren las cosas claras «se comprometen al secreto absoluto» con la solemne promesa de no revelar nunca los secretos de los masones «bajo pena de que me corten el cuello, me arranquen la lengua y me desgarran el corazón». «Antisectarios fundan una secta». Como quieren cambiar la sociedad y no tienen poder, forman una conjuración internacional. El 7 de abril de 1778 Voltaire (que moriría el 30 de mayo) se hizo miembro de la Logia de las Nuevas Hermanas, fundada en París en 1776, animada por Helvetius (1715-1771). «Se descorrió la cortina negra, apareció el Oriente brillantemente iluminado; el prosélito prestó el juramento y fue recibido como aprendiz; le dieron el mandil de Helvetius»¹.

Se incrementa el interés por la historia y la filosofía de la historia. Desde Vico (1668-1744) con su *Ciencia nueva*, en cuyo esquema tripartito puede verse un anuncio de los tres estadios de Comte, hasta Herder (1744-1803) con sus *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad*. Hume mismo escribió una *Historia de Inglaterra* y su prácticamente solitaria pretensión, para aquel entonces, de enfocar históricamente el problema del origen de la fe religiosa y la superstición² se plasma en su *Historia natural de la religión*. Edward Gibbon (1737-1794) escribe la

¹ Ver HAZARD, P., *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, Madrid, 1946, pp. 260-263.

² Para él eran equivalentes superstición y religión, y sólo por buenos modales en la segunda edición de la *Historia de Inglaterra* cambió la palabra «superstición», que empleaba en la primera, por la palabra «religión».

Decadencia y caída del imperio romano desarrollando una trama reacionalista y secularista opuesta a la mantenida por el obispo Bossuet (1627-1704) en su *Discurso sobre la historia Universal* guiado por su preconcebido esquema teológico. Voltaire (1694-1778) escribe *El siglo de Luis XIV*. Y escriben cosas de historia Montesquieu (1689-1755), Condorcet (1743-1794), Lessing (1729-1781) etc. Sin olvidar a J. Brucker (1696-1779) y su *Historia crítica de la filosofía*.

Centrándonos ya en la Ilustración francesa, recordemos de entrada esta observación de Paul Hazard: «La mayoría de los franceses pensaban como Bossuet y, de repente, los franceses piensan como Voltaire. Es una revolución».

Fue sin duda Voltaire, junto con Rousseau (1712-1778), el escritor más influyente de la época. El influjo de ambos alcanzó incluso a Kant, que leyó con fruición el *Candido* del primero y el *Emilio* del segundo.

En los artículos sobre Vives de 1940 y 1941 alababa Ortega a Voltaire por ensanchar el panorama en historia. Dice que detrás de la punta de sus maledicencias y trallazos verbales -que es lo único que suele advertirse en él- está su anchísima culata; sus grandes ideas, como la de sacar a la historia «de los campos de batalla, de las cortes y las cancillerías» y llevarla a pasear «por rúas y campiñas». Desde él la historia se ocupa también del «espíritu y costumbres de las naciones»³.

Más tarde debió convencerse Ortega de que no había, salvo esa, otras «grandes ideas» en Voltaire, a juzgar por esta valoración estampada en *La idea de principio en Leibniz*: «La pobre, la misérrima cosa que es, al fin y al cabo, el volterianismo, apareció y ejecutó la vana gesticulación formal en que consiste, porque los hombres habían dejado de creer».

En cambio, como debe ser sabido, tanto Nietzsche como Russell se sentían volterianos y admiraban a Voltaire, porque sin duda ponían en su cuenta el haber contribuido a que los hombres dejaran de creer. Valorarían en él su maestría para manejar la palabra hiriente, su corrosiva ironía y su destreza para ridiculizar aquí y allá las posiciones tradicionales incluso sin mencionarlas. En esto fue imitado por la mayoría de los *philosophes*.

Y ambos coinciden en su enemiga para con el «resentido» Rousseau. Claro que a nuestro Jovellanos, que leyó en sus paseos solitarios de Gijón *Las confesiones* y varios opúsculos de Rousseau, le agradaban tan poco como a Russell en nuestro siglo. «Hasta ahora no he hallado en Rousseau sino impertinencias bien escritas, muchas contradicciones y mucho orgullo, como de espíritu suspicaz quejumbroso y vano»⁴.

No debe extrañar que haya pensadores que, admirando a Voltaire, detesten a Rousseau y viceversa, pues ellos mismos terminaron enfrentados como luego se verá. En Voltaire era admirable su extraordinaria capacidad de asimilación tanto para las letras como para las ciencias. Rousseau, cuya formación era más elemental, tenía su

³ Ver *Obras completas* de ORTEGA, tomo V, p. 489.

⁴ Cfr. MENENDEZ PELAYO, M., *Historia de los heterodoxos españoles*, tomo II, Madrid, 1978, pp. 567-568. El lector puede hallar en las pp. 323-327 las divertidas semblanzas de Voltaire y Rousseau en las que nuestro gran polígrafo se despacha a su gusto y conciencia, pero sin olvidarse de alabar el estilo de ambos.

fuerte en la magia del estilo.

Junto a ellos habría que destacar al gran matemático D'Alembert (1717-1783) y a Diderot (1713-1784) que fueron los directores de la *Enciclopedia* (o *Diccionario razonado de las ciencias, las artes y los oficios*), verdadera obra en equipo, que distingue a los ilustrados franceses de los sabios anteriores, que aunque se relacionen y se escriban, especialmente Leibniz, son sabios solitarios. D'Alembert escribió el *Discurso preliminar* en el que alaba a Bacon, del que toma la clasificación de los saberes sobre el que elaboran «el árbol enciclopédico», a Locke y a Newton, certificando así una vez más el origen británico de la Ilustración. Los veintiocho volúmenes de la *Enciclopedia* aparecieron entre 1751 y 1772, si bien D'Alembert, que había hecho en el *Discurso* su enérgica defensa del proyecto, después de la publicación del séptimo volumen dejó la dirección únicamente en manos de Diderot, que se fue acercando al círculo de los materialistas.

Ciertamente, si alguno de los del grupo tenía especial motivo para el resentimiento, éste podía ser D'Alembert, sobrenombre que adoptó en la juventud, pues era hijo natural de la hermana de un cardenal y de un general (o comisario) de artillería y como niño expósito fue recogido de la escalinata de una iglesia próxima a Notre Dame y criado por la mujer de un vidriero. Cuando sus estupendas dotes le abrieron las puertas de la Academia de las Ciencias a la edad inverosímil de los veinticuatro años, su madre, Madame de Tencin, quiso aproximársele y entonces la maldijo y no la reconoció.

Entre sus muchos logros matemáticos cabe destacar el de entrever que el cálculo había de basarse, sin más metafísica, en la idea de límite, diciendo en el pertinente artículo de la *Enciclopedia* que «se llama a una cantidad el límite de otra cantidad variable si esta segunda puede aproximarse a la primera hasta diferir de ella en menos que cualquier cantidad dada (sin llegar a coincidir con ella)». Lo que se consiguió en el siglo XIX con la llamada aritmetización del análisis fue eliminar la imprecisión formal que aún quedaba en la mencionada definición.

La teoría de ecuaciones diferenciales ordinarias ya estaba considerablemente desarrollada en la época de D'Alembert, pero él fue quien inició la teoría de ecuaciones en derivadas parciales, campo en el que también hizo progresos el genial L. Euler.

Después de todo, los pensadores que van dichos eran moderados si se les compara con el barón de Holbach (1723-1789) y otros materialistas como Helvetius y La Mettrie (1709-1751). Como era moderado, al menos a la hora de sacar las consecuencias y dada su condición de sacerdote, el sensualista abate de Condillac (1714-1798) que ideó el modelo del hombre estatua (el médico La Mettrie elucubró sobre el hombre máquina). Y lo fue, desde luego, el barón de Montesquieu, cuya teoría de la separación de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial perfeccionando en su obra *Del espíritu de las leyes* (ver lib. XI, cap. VI) la doctrina del *Tratado sobre el gobierno civil* de Locke, ha llegado a convertirse en poco menos que axiomática.

De Locke, al que hemos vuelto a mencionar, pensaban que con el *Ensayo sobre el entendimiento humano* «creó la metafísica como Newton había creado la física» y

la redujo a lo que tenía que ser: «la física experimental del alma».

Lo que de bueno tiene la Ilustración lo recogió Kant en la fórmula clásica del *Sapere aude!*. Puede decirse que en general la pretensión de los ilustrados era hacer valer el dictamen de la «razón» en todos los ámbitos frente a la autoridad y los ídolos de todo tipo. Extrapolar a todos los ámbitos posibles el método de Newton y someter el legado tradicional a una crítica al estilo de la de Hume (aunque en política fuera conservador). Pero no debe olvidarse que los resultados a los que llega Hume son estrictamente incompatibles con aquellos a los que el Isaac Newton real creía haber llegado. Para Hume estaba desprovisto de validez el argumento teleológico o físico-teológico, que tan reforzado había salido por la belleza y armonía del universo newtoniano, unificado y movido por una sola fuerza. Es más, para Newton, lejos de entorpecerla, la física preparaba para la fe religiosa positiva, y lo de menos ahora es que en lugar de atanasiano fuera posiblemente arriano en su fuero interno (como tal vez lo fuera también Locke).

El paso al deísmo que dieron los admiradores de Newton, sin que él les acompañara, debió producirse por la consideración de que el Dios matemático y relojero tendría que haber hecho la máquina del mundo con tanta perfección, que una vez salida de sus manos creadoras no necesitara más de su providencia y concurso para funcionar debidamente por sí sola. Una especie de «armonía preestablecida» no leibniziana, o si se quiere una armonía originaria que se convierte en autónoma, una vez establecida.

Influyeron mucho y fueron muy discutidas en Inglaterra obras como *Cristianismo no misterioso* (1696) de Juan Toland, *El cristianismo tan viejo como la creación* (1730) de Mateo Tindal, y *Discurso sobre el libre pensamiento* (1713) de Antonio Collins, que puso en solfa el gran irónico Jonatán Swift.

Voltaire viajó por Inglaterra (vivió en Londres los años 1726-1729) y Rousseau llegó a residir en casa de Hume, quien se dio cuenta de que padecía manía persecutoria. En el sentir de Hume, el prerromántico Rousseau «solamente ha sentido durante toda su vida» como si «tuviera que lanzarse a combatir con los rudos y tumultuosos elementos» desprovisto «no sólo de sus vestidos, sino de su piel». Seguramente sin él saberlo desarrollaba la línea iniciada por Pascal con aquello de que el corazón tiene razones que la razón no comprende. Llega un momento en que le escribe a Voltaire diciéndole: «le odio a Ud.».

Voltaire nunca se presentó como ateo, sino como deísta, repitiendo la fórmula: «Si Dieu n'existait pas, il faudrait l'inventer». Sin la fe en Dios y en la inmortalidad la sociedad se desintegraría. Negar la esperanza en el más allá es como gritarle a un naufrago que lucha con las olas: «no hay tierra firme». Pero además, por lo que a Dios respecta, «toute la nature nous crie qu'il existe».

La polémica entre ambos surgió cuando con motivo del terremoto de Lisboa (1755) Voltaire escribió un poema ironizando sobre la creencia en el gobierno providencial del mundo:

«A la naturaleza muda se la interroga en vano, se necesita un Dios que hable

al género humano. Su obra solo El podría explicar, Reconsolar al débil y al sabio iluminar.... Nuestra esperanza es que algún día todo estará bien. Mera ilusión es que hoy todo esté bien».

Rousseau indignado comentaba: «Voltaire, que parecía siempre creer en Dios, no ha creído nunca en realidad sino en el diablo, puesto que su pretendido Dios es un ser malhechor que, según él, encuentra su placer en hacer daño». Se refiere a él como a «esa trompeta de impiedad, ese fino genio y esa alma baja». Y aún en otro pasaje llega a decirle: «Si no hay nada en vos que pueda honrar a excepción de vuestro talento, no es mía la culpa».

El Credo rousseauiano está expuesto en «La profesión de fe de un vicario saboyano», en el libro IV del *Emilio*. El mismo vicario llama a la suya religión natural, la cual no necesita ninguna revelación positiva, pues es «revelada» directamente a cada individuo. Si los hombres hubieran escuchado lo que Dios dice a sus «corazones», sólo hubiera habido en el mundo una religión. Es la de Rousseau una religión del sentimiento frente al frío deísmo cientificista, lo que no quita para que también él critique a la manera deísta el dogma positivo, quedándose con cierta especie de cristianismo sentimental y no dogmático ni ritual.

Coinciden en general los iluministas en considerar y repetir hasta la saciedad que las formas positivas de la religión, como degeneraciones de la religión natural, se han generado en su mayor parte no en virtud de necesidades psicológicas o sociológicas o motivadas en hechos o avatares históricos, sino por argucias de las clases sacerdotales interesadas en engañar conscientemente a las masas. De ahí lemas machaconamente repetidos como el volteriano «Ecrasez l'Infâme» contra la superstición o la Iglesia. Lo que en un principio podía haber sido crítica razonable terminó convirtiéndose en idea fija, en obsesión sectaria. Apóstol de la tolerancia intolerante, tal vez nuevo inquisidor, si pudiera, para cuantos se resisten a seguirle. Creo que llegó a decir que si fueron necesarios doce apóstoles para propagar la doctrina, él sólo conseguiría arruinarla. Sin pasarle por la imaginación que tan pronto como desapareciera la religión cristiana emergerían de inmediato supersticiones y sectas mucho peores.

Al llegar a este punto conviene que el lector recapacite y se sitúe imaginativamente en una época y circunstancias muy distintas de las nuestras, aunque la separación sea sólo de dos siglos. Debe pensar sobre todo que con una población muy inferior a la mitad de la actual, el número de clérigos seculares y regulares triplicaba por lo menos el de nuestros días (el 10% aproximadamente de la población activa). Diferencias abismales entre ellos con fracciones importantes de críticos, descontentos y resentidos. Muchos sacerdotes que perdían la fe no se atrevían a salirse. Y en nuestro país esto ocurría aún en los primeros años del siglo XIX. En el capítulo II de su *Autobiografía* escribe Blanco White (1775-1841): «Abandonar mi profesión era imposible: la ley del país lo prohíbe e interpreta la renuncia voluntaria a todos los cargos sacerdotales como una prueba de herejía que castiga con la muerte. A menos de dejar el país, mi actuación sacerdotal era inevitable». Da vértigo representarse tan

espesa telaraña eclesiástica de dignidades, místicos, fanáticos, melífloos, hipócritas y resentidos. En pleno siglo XVIII, Benedicto XIV que apreciaba la correspondencia con Federico el Grande, Voltaire y otros escritores de distintas comuniones, hubo de condenar la doctrina de los mamiliarios (así como las ceremonias chinas y ritos malabares). Con tanta población clerical, inevitablemente superaban la excepción que confirma la regla los casos de frailes contrabandistas y confesores solicitantes. Y el empacho de rogativas, triduos, novenas, quinaros y octavarios.

En Francia se dio el caso de Jean Meslier, cura de aldea bastante cultivado y que procedía de una familia acomodada. Como murió en 1729, no hay lugar para que pudiera llegarle la influencia del «anticristo» Voltaire. Lo que le ocurrió fue tener que soportar las humillaciones provenientes del señor de la comarca y también del arzobispo de Reims, que le exigió una satisfacción pública para con su enemigo, obligándole a encomendarlo en la plática, cosa a la que se había negado. A su muerte dejó un testamento furibundo contra la religión, la Iglesia y la nobleza, haciendo suyo el deseo de que «todos los grandes de la tierra y todos los nobles fuesen ahorcados y estrangulados con las tripas de los sacerdotes». Su última confidencia, que transcribe Hazard, es: «Ya no tomo casi parte en lo que se hace en el mundo. Los muertos con los cuales estoy a punto de ir no se preocupan ya de *nada* y no les importa ya *nada*. Acabaré, pues, esto con la *nada*; apenas soy ya más que *nada*, y pronto no seré *nada*, etc.».

Cuando la expulsión de los jesuitas (de Portugal en 1759, de Francia en 1764 y de España el 2 de abril de 1767) y su posterior extinción en 1773 por el papa Clemente XIV, fueron muchos los sacerdotes que se alegraron, y de religiosos, por supuesto, órdenes enteras. En cambio, Blanco White confiesa que lamentó en su primera juventud que la supresión de la Compañía le impidiera llegar a pertenecer a ella. La que salió perdiendo fue la educación, a pesar de todos los graves defectos que tuviera la que ellos impartieran. La Compañía fue restaurada por Pío VII en 1814.

Si añadimos a lo que venimos diciendo lo poco extendida que estaba la enseñanza todavía en aquellas calendas, es fácil colegir que buena parte de los lectores de Voltaire y Rousseau eran clérigos, sin que, llegado el momento, escasearan los revolucionarios entre ellos. Ejemplo paradigmático, nuestro abate Marchena, el entusiasta materialista traductor de Lucrecio, que se pasó a Francia para unirse a los revolucionarios y tradujo después muchas obras de los filósofos iluministas⁵.

El contrato social de Rousseau se convirtió en el catecismo de los cabecillas de la Revolución Francesa. Fue en efecto Rousseau, que terminó reñido con prácticamente todos los más importantes enciclopedistas, el autor que más influyó en la Revolución. De aquellos compañeros de generación le separaba al ginebrino su origen humilde, lo que, unido a su proclividad para ver la paja en el ojo ajeno, hizo que reprobara y maldijera la vida muelle y licenciosa de la mayoría de ellos frente al

⁵ *Ib.*, p. 650. En las mismas familias de los filósofos iluministas no escaseaban los clérigos. Abate fue el padrino de Voltaire y abate un sobrino suyo. Y Diderot, que estudió en los jesuitas como Voltaire, tenía un hermano canónigo con el que se llevó tan mal como Voltaire con uno suyo que era un fanático jansenista.

pueblo reprimido y hundido en la miseria. Para él, ya lo hemos insinuado, primaba en la naturaleza humana, más que la razón, el instinto y el sentimiento. El venía a llamar (en el *Discurso sobre el origen y fundamento de la desigualdad entre los hombres*) ladrones a los primeros propietarios, y en *El contrato social* pedía «que ningún ciudadano sea tan rico como para poder comprar a otro ni ninguno tan pobre como para verse obligado a venderse». Por el contrato social «cada uno pone su persona y todo su poder en común, bajo la suprema dirección de la voluntad general». Pero «el ejercicio de la voluntad general... es indivisible, pues la voluntad general es general o no lo es». Lo que lleva a algo tan poco «ilustrado» como combatir la división de poderes, pues quienes por tal práctica abogan «hacen del soberano un ser fantástico y formado por piezas ajenas». con lo que la tan sentimental democracia rousseauiana puede desembocar en democracia totalitaria, en el despotismo «democrático» que de hecho se enseñoreó de la situación durante la Revolución Francesa. El *bellum omnium contra omnes*, que le permite concluir a Windelband que «Hobbes había tenido razón contra Rousseau»⁶. ¿Por qué? Muy sencillo, porque al abogar Rousseau por la democracia directa, sin tener en cuenta la naturaleza del votante medio y sin la cortapisa de la división de poderes, se está instaurando un despotismo democrático, terrorista y alejado del idilio rousseauiano.

El modelo de la democracia directa le vendría a Rousseau de las costumbres de su patria de origen, pero esa participación directa sólo es adecuada para las ciudades Estado; a la otra, a la de los gobiernos representativos la llama «aristocracia electiva», y para los grandes estados piensa que es mejor la monarquía.

Es fácil construir un esquema sinóptico para el pensamiento de Rousseau y sus obras. La intuición fundamental es que al hombre, bueno por naturaleza, la sociedad lo ha pervertido. «Nuestras almas se han corrompido a medida que nuestras ciencias y nuestras artes han avanzado hacia la perfección», dice precisamente en el *Discurso sobre las artes y las ciencias*, que le valió el premio de la Academia de Dijon y lo lanzó a la fama. Así, pues, frente a lo que pudieran pensar el común de los enciclopedistas devotos del progreso, para Rousseau es el estado cultural el que ha instaurado entre los hombres el *bellum omnium contra omnes*.

Las condiciones por las cuales el individuo, la familia y la sociedad puedan volver a su condición natural, puedan reconciliarse con la verdadera naturaleza humana, las establece Rousseau respectivamente en el *Emilio*, *La Nueva Eloisa* y *El contrato social*. No es necesario, ni posible, regresar al «pleistoceno», sino que bastará con que la educación, la familia y la sociedad civil se reestructure de forma que no estén en guerra con la naturaleza humana, no que quisiera volver a hacer del hombre un animal, como lo interpretaba malévolamente Voltaire («cuando os leo me dan ganas de andar a cuatro pies»), sino que no viviéramos enajenados de nosotros mismos. Para ello Emilio debe crecer en la Naturaleza y escuchar sus sabias lecciones, que el educador le acompañe, pero que procure no infundirle sus propias ideas. Y que

⁶ Cfr. WINDELBAND, W., *Historia de la Filosofía moderna*, tomo I, Buenos Aires, 1951, p. 332.

el vínculo conyugal no esté sometido a (y alterado por) las conveniencias sociales; «que el rango esté regulado por el mérito y la unión de los corazones por su elección, he aquí el verdadero orden social». Y que la sociedad, en fin, se gobierne y estructure políticamente bajo los principios y normas contenidas en la doctrina del contrato social.

Realmente Rousseau navegaba a favor de la corriente y la empujaba. Cundía en la sociedad un justo afán de terminar con tantos gratuitos privilegios y complejas normativas que desde «los oscuros tiempos góticos» la tradición venía acumulando y que estorbaban, en economía por ejemplo, la libre concurrencia y competencia. La fisiocracia de Quesnay y más tarde la doctrina de Adam Smith (en *La riqueza de las naciones*, 1776) de que una mano invisible compatibilizaba el interés del individuo con el bienestar de los otros, abogaban por la supresión de normas caducas y sobrantes para que operara el «orden natural».

Los deístas se alarmaron, Voltaire entre ellos, cuando del círculo del barón Dietrich von Holbach, nacido en Alemania pero que vivía de sus rentas en París, salió en 1770 el *Sistema de la naturaleza* (*Système de la nature ou des lois du monde physique et du monde moral*) que fue recibido como la biblia del materialismo.

Apareció bajo el seudónimo de Mr. Mirabaud y como impreso en Londres, aunque realmente fue publicado en Amsterdam. Más tarde se supo sin sombra de duda que el verdadero autor al menos de la parte principal había sido Holbach.

Para los deístas aún quedaban restos de la providencia bajo la forma de la finalidad armónica de los procesos naturales y del mecanismo entero de la Naturaleza. Ahora los materialistas colocan en su lugar la necesidad absoluta de las leyes naturales, carentes de toda finalidad, y consecuentemente el ateísmo sistemático, la crítica a todas las formas de religión incluida la natural y la consideración de la libertad y la inmortalidad como puras ilusiones.

En el artículo «Ateo, Ateísmo» del *Diccionario filosófico* decía Voltaire: «Cuando se atreve uno a asegurar que no hay Dios, que la materia actúa por sí misma, por una necesidad eterna, hay que demostrarlo como una proposición de Euclides, sin lo cual no apoyáis vuestro sistema más que en un quizá. ¡Que fundamento para la cosa que interesa más al género humano!».

Ahora los materialistas decían que los deístas eran hombres no suficientemente débiles para ser cristianos ni bastante valientes para ser ateos. El deísta al fin y al cabo, decían, es otro *Ecce homo*, mientras que el ateo, que no dobla la rodilla ante nadie, es un *Ecce vir*.

La entrada del Sistema del barón D' Holbach en España

Curiosamente Rousseau será el ilustrado más leído en España y en las Indias, y sin duda el pensador que más influyó en la emancipación de éstas, seguido según Madariaga por Montesquieu, Voltaire y el abate Guillaume-Tomas Reynal (entre cuyos colaboradores estuvo nada menos que Diderot). Dice Madariaga: «Quemado en París y en Ginebra, prohibido en Holanda, el *Emilio* se leía en España, donde

hallaba numerosos discípulos y admiradores»⁷.

Aunque la Iglesia y el Estado prohibieron las obras de Rousseau en todos los dominios españoles, la prohibición resultó contraproducente.

«A nuevas barreras -escribe P. Hazard- nuevas brechas. Incluso en el país menos permeable, España, acaba siempre por penetrar el pensamiento heterodoxo, a veces en las formas menos previsibles: una amistad personal con tal autor extranjero, a quien se ha conocido en otro tiempo durante un viaje; una correspondencia en apariencia anodina, pero en la que se deslizan algunas frases reveladoras; la reseña publicada por un periódico que indignándose contra las ideas que refuta, empieza por exponerlas: todo esto independientemente del comercio y el contrabando».

A continuación de las dos citas que acabamos de hacer, coinciden Madariaga y Hazard en recoger como detalle lo que Francis Grasset, uno de los numerosos librereros favorecedores de esa difusión, le escribía a Rousseau el 8 de abril de 1765:

«¿No sonreiréis, muy estimado compatriota, cuando sepáis que he visto quemar en Madrid, en la Iglesia principal de los dominicos, un domingo, a la salida de la misa mayor, en presencia de gran número de imbéciles y *ex cathedra*, vuestro *Emilio*, en la figura de un volumen en cuarto? Lo cual incitó precisamente a varios señores españoles y a los embajadores de las cortes extranjeras a procurárselo a cualquier precio y hacérselo llegar por la posta».

Cómo habría disfrutado si hubiera llegado a saber lo que contaba Blanco White ya en el siglo XIX sobre el cartujo que tenía en su celda cosas de Voltaire y Rousseau.

El historiador F. Rousseau, en cita recogida por M. Artola⁸, escribe en *Regne de Charles III*, vol. I, p. 169: «Es incontestable que la influencia de la Enciclopedia se hacía sentir en la Península, pero únicamente en las clases relativamente altas o, por lo menos, instruidas, capaces de ojear nuestros libros, ya sea en el texto francés o en traducciones. No era, pues, más que una minoría de la nación alcanzada por ideas contrarias a las doctrinas ortodoxas».

Y en su *Vida y obras de Don José María Blanco y Crespo* (Blanco White) escribía Méndez Bejerano que «el clero, como clase la más ilustrada, sobre todo en España, sufrió antes que las otras la invasión del contagio» y que todos los libros al alcance de los clérigos en crisis, como el biografiado, «tenían ecos de la carcajada volteriana, gotas perdidas del oleaje del descreimiento que, al estrellarse en las cumbres pirenaicas, rociaba desde lejos nuestra península».

Dejemos dicho de paso que Voltaire fue amigo del conde de Aranda, quien al

⁷ Cfr. MADARIAGA, S. de, *El auge y el Ocaso del Imperio español en América*, Madrid, 1977, p. 550. Todo el cap. XVI de la parte referida «al Ocaso...» está dedicada a la difusión de las ideas de la ilustración en España y las Indias.

⁸ ARTOLA, M., *Los afrancesados*, Madrid, 1989, pp. 27-28.

verse ditirambicamente alabado en el *Diccionario filosófico* obsequiaba al patriarca de Ferney con exquisitos vinos españoles, porcelanas, paños y sedas. No es extraño que el Cándido de Voltaire viaje por el Paraguay, cuando el muy negociante de su creador tenía acciones en una nave fletada por el rey de España para transportar tropas contra los jesuitas del Paraguay en 1756 (se le ha relacionado hasta con el tráfico de negros). Y dejemos también dicho que más tarde la *Justine* del Marqués de Sade, cuyos atrevidos seguidores han dado en llamar «divino», viene a ser una versión perversa del *Cándido* en femenino.

Pero desde el punto de vista dogmático era mucho más grave el contacto con el *Système* del barón D'Holbach, que había sido quemado en todas partes por la mano del verdugo.

En el capítulo segundo de su *Autobiografía*, al que ya hicimos referencia, confiesa Blanco White que los mejores libros prohibidos se hallaban en España (se refiere a los años de la primera década del siglo XIX, cuando él había perdido la fe) pero que la lectura furtiva de ellos estaba indisolublemente unida al miedo a la Inquisición. «En una ocasión -nos cuenta- tuvimos razones para sospechar que el Santo Tribunal intentaba proceder a un registro y, como no podíamos confiar los libros a los criados, llevamos nosotros mismos gran número de ellos de casa de mi amigo más joven a la mía propia, yendo y viniendo de una a otra a lo largo del día con nuestros hábitos eclesiásticos, entre cuyos pliegues ocultábamos los volúmenes que, de ser descubiertos, nos habrían expuesto a los mayores peligros. *Le Système de la nature*, una obra resueltamente atea figuraba entre los libros que nos vimos obligados a acarrear. Menciono este tratado en particular porque mi amigo, aunque muy temeroso de ser descubierto en su posesión, lo tenía en tal aprecio que, al mudar de residencia de otra capital andaluza a Sevilla, conservó constantemente sus dos volúmenes bajo la sotana, con la cual viajó por amor a su tesoro filosófico, aunque era una práctica enteramente abandonada por todos, excepto por los sacerdotes más fanáticos»⁹.

La primera edición del *Système* en la que D'Holbach aparece como autor «con notas y correcciones por Diderot» es la que se hizo en París en 1821, y será la que se utilizaría para la traducción castellana que se editó en 1823 (Gerona, Matías Despuig, 1823)¹⁰.

¿Desde cuándo empezó a haber en España ejemplares franceses de la famosa obra?. No lo sabemos. Ahora bien, lo interesante es que en 1792 circulaba una *Historia Eclesiástica* que incluía quince páginas traducidas del *Système*. Están en el volumen duodécimo de los trece que componen la *Historia eclesiástica general o siglos del Christianismo* «que contiene los dogmas, liturgia disciplina, concilios, herejías, cismas, y lo demás acaecido en la iglesia desde su establecimiento hasta el año de 1700: escrita en francés por el abate Ducreux, canónigo de la Santa Iglesia de Auxerre y traducida al castellano con algunas notas, y con aumento de todo el presente

⁹ BLANCO WHITE, J.M., *Obra Inglesa*, Barcelona, 1982, pp. 159-160.

¹⁰ Véase lo que dice J.M. BERMUDO en las pp. 91-93 de su edición del *Sistema de la naturaleza* en Editora Nacional, Madrid, 1982.

siglo hasta el glorioso pontificado de N.S.S.P. el Papa Pío VI». En la imprenta de Benito Cano, Madrid. Año 1788 para el tomo primero y 1792 para el último. Lo traducido de la Historia de Ducreux termina en el tomo 11 y los otros dos se titulan «Continuación de la Historia... por los traductores de dicha obra», sin que en ningún caso revelen sus nombres, y sin que nuestras pesquisas y consultas a expertos en Historia eclesiástica nos hayan permitido, hasta la fecha, identificarlos.

El tomo primero incluye la Lista de los señores suscriptores, encabezada por el Ilmo. y Rvmo. Sr. D. Fr. Fernando Portillo y Torres, Arzobispo de Santo Domingo, al que acompañan los obispos de Ciudad Rodrigo, Vich, Solsona, Gerona, Lérida, Lugo y Urgel.

Figuran el Marqués de Mortara, el Conde de Toreno, Marqués de Alcañices, Marqués de Santa Cruz, abades, canónigos, catedráticos, abogados, oidores, presbíteros etc. hasta completar los más de 700 nombres; no escaseando los que se apuntan a dos, cuatro o seis ejemplares. Predominan, por este orden, los de Cataluña, Asturias, Valladolid, Córdoba, Ciudad Rodrigo, etc. y, entre los religiosos, los benedictinos y cistercienses.

Los autores escriben un meritorio artículo II de setenta páginas sobre el «Estado y progresos de las artes y de las ciencias en el siglo XVIII». Alaban a Eulero, Alembert (sic), al Caballero Newton, (el que más descubrimientos hizo en la Geometría, como se ve en sus dos célebres obras, *Los principios y la Óptica*), Guillermo Godefroi Barón de Leibniz (a quién estimaron y honraron los príncipes de Brunswick, el Marqués de Toscana, el Elector Ernesto Augusto, el Czar, el Emperador de Alemania, y el Rey de Inglaterra, que le llamaba «su diccionario vivo») a Bernoulli; La Lande, Christiano Barón de Wolfio, Linneo, el Señor Conde de Buffon (cuya Historia Natural es apreciada en toda Europa, y que al día de hoy se está publicando en España en castellano en una impresión digna de tal Autor, y con láminas primorosamente grabadas e iluminadas) y un muy largo etcétera en el que están «Franc-Khlim» y Prestley, pero no Lavoisier, que como se sabe murió en la guillotina.

Se sienten muy orgullosos de «el viaje de nuestros dos célebres Matemáticos Don Jorge Juan y Don Antonio de Ulloa, hecho en compañía de los Académicos Franceses Mr. de Maupertuis, Clairaut, el Abate la Caille, Cams, le Monnier, y el Abate Authier, a quienes se agregó Celsio, célebre Profesor de la Academia Upsal, para averiguar la verdadera figura de la tierra, porque había causas para desconfiar de la opinión de los antiguos, que suponen ser perfectamente esférica la tierra, como eran las variaciones del péndulo advertidas por Mr. Picher en la Cayena el año 1672, y la nueva teoría del universo inventada por el Caballero Newton».

No se olvidan de mencionar al «P.M.Fr. Benito Feijoo, del Orden de San Benito, que fue el primero que en España empezó a desterrar el mal gusto y sugerir el bueno por medio de su obra intitulada *Teatro Crítico*, y de sus cartas sobre varias materias».

De Inglaterra, además de Milton, ensalzan a Alexandro Pope, cuya obra principal «y que será siempre uno de los más sazonados frutos del Parnaso, es el

ensayo sobre el hombre».

Cuando hablan de jurisprudencia destacan en Italia a Beccaria¹¹ y a Muratori. Y como poeta al napolitano Pietro Metastasio.

De Voltaire, «hombre extraordinario» y que «eclipsó al fin de sus días a todos los poetas contemporáneos suyos» lamentan que, «si alguna vez se valió de su talento para hacer amable la humanidad y la razón», haya abusado de él muchas más veces «para extender principios de irreligión, y de independencia».

De Rousseau, «impío y sutil», se quejan porque «elogiando hasta lo sumo el Evangelio, y su Divino autor, niega los milagros y las profecías» y no admite «otra religión que la natural».

Están decididamente a favor de las reformas que se están produciendo en los planes de estudio. Se debe insistir en el latín de los grandes clásicos, pues «¿Qué latín se había de saber traduciendo el Breviario y el Concilio? libros santísimos por su contenido, pero no de tan pura latinidad». Se refieren naturalmente a los Cánones del Concilio de Trento.

Recuerdan que en Italia, Francia y Alemania se han publicado en este siglo «cursos teológicos, desnudos de las sutilezas escolásticas que presentan con mayor claridad las verdades católicas», purgando a la Teología «de aquellas molestas cuestiones que hacían malgastar el tiempo».

Antes los alumnos tan mal instruidos en el estudio de la Latinidad «iban a acabar de viciarse en la Lógica y Filosofía, donde por último perdían lo poco bueno que habían adquirido». Pero ahora afortunadamente «la Lógica se ha reducido a sus naturales límites, que son el raciocinar. Aquellos términos bárbaros que no tenían significado ninguno, se han desterrado de todo punto». En concreto «La lógica del Abate Condillac, Preceptor que fue del Señor Infante Duque de Parma, la de Antonio Genovesi, conocido con el nombre de Genuense, la de Marsais, todas estas son unas obras que nos manifiestan los progresos de la Filosofía, y de la Metafísica. Estos autores explican las cosas con tal claridad y precisión, que ya nadie se horroriza de entrar en su estudio, que en otros tiempos parecía estar lleno de abrojos y espinas»¹².

De Condillac se publicó en 1784 en Madrid *La lógica o primeros elementos del arte de pensar*, y en 1786 *Las lecciones preliminares del curso de estudios*. Este último año, y también en Madrid, se publicó el *Ensayo de filosofía moral* de Maupertuis.

En la tercera de sus *Cartas de España* (*Letters from Spain*, bajo el pseudónimo de Leucadio Doblado) hace referencia Blanco White a su lectura provechosa de Condillac, al nuevo plan de estudios que en 1770 introdujo en las universidades españolas el ministro marqués de Roda, prohibiendo el estudio de la filosofía aristotélica y fomentando el sistema inductivo de Bacon, y el agradecimiento a Feijoo por haber dado a conocer a sus compatriotas, entre otras cosas, «todos los descubri-

¹¹ Autor, no se olvide, de la polémica obra *Sobre los delitos y las penas*.

¹² No haría falta decir que tras el desarrollo de la lógica matemática estamos hoy en condiciones de calibrar lo atrasados que estaban en asuntos de lógica y lo injustos que eran con los escolásticos todos los ilustrados, sin excluir al P. Feijoo y a estos desconocidos autores.

mientos científicos de Bayle».

De la lectura de Feijoo dice que había obtenido, siendo un mozalbete, «las ideas más claras sobre la teoría de la bomba aspirante y la gravedad relativa del aire y del agua», lo que le sirvió para dejar en ridículo ante toda su clase a su profesor de Lógica del colegio de los dominicos, que era todavía de los que negaban el vacío y como defensores de las viejas teorías de las simpatías y antipatías «atribuían la subida de los líquidos por succión a la repugnancia de la Naturaleza a ser herida y desgarrada».

En el tomo XIII, pág. 61, hablando de la expulsión de los jesuitas y su disolución, nuestros desconocidos autores dicen: «Todos estos motivos, y otros en los que no debemos mezclarnos, pero que habían sido harto justificados, dieron ocasión a los soberanos de Europa...». Ya en el tomo XII se advierten bastantes indirectas contra los jesuitas, y no sólo al relacionarlos con las ceremonias chinas y los mamiliarios.

Félix Amat, el flamante confesor de Carlos IV, abad de San Idelfonso y arzobispo de Palmira *in partibus*, en su *Historia Eclesiástica*, que empezó a publicar en 1792 (precisamente en la imprenta de Benito Cano) y que es un buen compendio que debe mucho a la del abate Fleury, al que alaba la Enciclopedia en el artículo «Eclesiástico», cuando llega a la expulsión de los jesuitas empieza diciendo: «Eran antiguos los clamores de gente sabia y timorata contra algunas opiniones y máximas de gobierno de la Compañía y los deseos de que se reformase. Eran fáciles de atinar algunas causas... Y, por consiguiente, convenientísima la expulsión».

Menéndez Pelayo en la *Historia de los heterodoxos españoles*¹³, obra en la que no he visto referencia alguna a los continuadores de la historia del abate Ducreux, recoge sobre Amat (nacido en 1750) la acusación que en su tiempo se le hacía de nepotismo y le incluye entre los jansenistas por regalista, enemigo de los jesuitas y por no disimular sus simpatías hacia los solitarios de Port-Royal, a los que «le cuesta trabajo llamarlos herejes», culpándoles solamente «de falso espíritu de partido».

No se si don Marcelino aplicaría la misma calificación a nuestros autores, que dedican un capítulo entero a la exposición pormenorizada de los escándalos subsecuentes a la bula *Unigenitus* de Clemente XI contra Pascual Quesnel, el sucesor de Antonio Arnauld, que provocó en Francia sucesivos enfrentamientos entre el Parlamento (jansenista) y la Corte (jesuítica). Reproducen la bula con las cien proposiciones condenadas y dicen de «Antonio Arnaldo, cabeza de los Jansenistas» que es «bien conocido por sus muchas obras contra la Iglesia Católica y contra los Sumos Pontífices».

Pero volviendo al asunto principal, la introducción del *Système* del barón D'Holbach en España, digamos que ya en el artículo IV del tomo XII atribuyen a Ganganeli, el papa Clemente XIV, las siguientes palabras: «Voltaire, cuyo genio poético admiro, no impugnaba tan frecuentemente la Religión, sino porque ésta le incomodaba; y el Autor del sistema de la naturaleza es un necio que se imagina que

¹³ MENEDEZ PELAYO, M., *op. cit.*, pp. 481-483.

echando al Amo de la casa dispondrá de ella como le diese en gana, sin pensar que todas las criaturas no pueden respirar sino existiendo en Dios».

Las amplísimas citas del *Sistema de la naturaleza* están en el artículo VI titulado «Progresos de la incredulidad, materialismo o falsa Filosofía». Pero antes recapitulan los que a su entender constituyen los precedentes y eslabones del proceso que desemboca en el materialismo y ateísmo del Autor del *Système*. Empiezan citando, tras de Epicuro y otros filósofos de la antigüedad, a Benito Espinosa por su *Tractatus Theologico-Politicus*; después a Pedro Bayle que «en su famoso tratado del *Cometa*, aparecido en el año de 1680» y después «en su Diccionario crítico impreso el año de 1696» se ganó «la nota de Ateísta». De Inglaterra citan a Hobbes que en su *De cive* y otros tratados «combatió la diferencia de lo justo y de lo injusto»; y después al célebre y «bien conocido Hume, cuya pluma es muy respetable, cuando escribe la Historia de Inglaterra, o trata otros asuntos que no tocan a la Religión: mas en estos se ha deslizado hacia un escepticismo que da motivo a contarle entre los que tremolan la bandera de la impiedad».

A estos ingleses casi les disculpan porque viven «en una nación que aunque tiene su Religión particular, es un Religión falsa y mezclada de muchos errores»; pero les duele especialmente que en los últimos tiempos haya surgido «un montón de monstruos Ateístas» en el Reino de Francia, «porción muy escogida de la Iglesia Católica». Delatan primero la adhesión al Deísmo de Rousseau y de Voltaire, doliéndole de este último que haya escrito: «Dios asentado en su gloria no tiene necesidad de ningún culto ni ceremonia, para echar menos estos obsequios, que serían unas adulaciones. El culto es una lisonja indigna de la Divinidad, la cual condena igualmente el verdadero que el falso».

Pero lo peor es que la irreligión no se estabiliza en el Deísmo como podría esperarse, sino que «del Deísmo se arrojó temerariamente al Ateísmo» y en menos de diez años se han escrito veinte obras monstruosas en esa dirección, entre las que destacan el *Christianismo descubierto*, el *Contagio Sagrado* «que se publicó bajo el nombre de Trenchard», y el *Ensayo sobre las preocupaciones* «atribuido a Marsais». Pero a todas, dicen nuestros autores, «excedió la intitulada, *Sistema de la naturaleza*, publicada sin nombre de autor». Dicen después que muy bien se le puede reputar por «el libro maestro del Ateísmo, en que se refunden todo su sistema y sus consecuencias», lo que les mueve a presentar a los lectores un resumen de los principios que contiene, cumpliendo así con la obligación que como historiadores tienen de dar una idea exacta de él sin omitir unas proposiciones que miran «con horror» y que quisieran «poder callar». Y ya después de avisar que el Autor divide la obra en dos partes, la primera en la que establece un sistema de Ateísmo y la segunda en la que ataca el origen, las pruebas y los efectos de la Religión, proceden a presentar la antología de textos, de los que, por nuestra parte, seleccionamos los siguientes¹⁴:

¹⁴ A veces los autores lo que hacen son extractos en los que enlazan párrafos de páginas distintas. Los números que incorporamos corresponden a los de las páginas de la edición ya citada del *Sistema* en Editora Nacional para facilitar al lector la localización de los párrafos, frases e ideas correspondientes.

La Naturaleza: «El universo, este vasto conjunto de todo lo que existe, no nos ofrece por todas partes más que materia y movimiento. Las diferentes especies de materia, sus propiedades, sus combinaciones constituyen las esencias de los seres. La naturaleza en su significación más extensa es el gran todo que resulta de la unión de las diferentes materias. La naturaleza en un sentido menos extenso, ó considerada en cada ser, es el todo que resulta de las propiedades y de la combinación de las materias particulares de que se compone este ser; en una palabra no es más que materia y movimiento; y así cuando se dice que la naturaleza quiere que el hombre trabaje su felicidad, se entiende que es de esencia de un ente que siente, que piensa, que quiere y que obra, el trabajar en su felicidad» (p. 123).

El hombre: «¿Qué es el hombre? Es un ente material, organizado ó formado de modo que sienta, piense, y esté modificado de cierta forma propia de él solo, de su organización, y de las combinaciones particulares de las materias que se hallan reunidas en él. ¿Cuál es el origen de la especie humana? El hombre es, como todos los demás entes, una producción de la naturaleza. ¿De dónde ha venido el hombre? La experiencia no nos ha puesto en estado de resolver esta cuestión, la cual no puede interesarnos realmente» (p. 167).

Contra el alma y su inmortalidad: «¿Cómo, dice, se puede formar idea de una sustancia privada de extensión, y que sin embargo obra sobre nuestros sentidos, esto es, sobre órganos materiales que tienen extensión? ¿Cómo un ente sin extensión puede ser movable y poner la materia en movimiento? ¿Cómo una substancia, destituida de partes, puede corresponder sucesivamente a diferentes partes del espacio? Una substancia espiritual que se mueve y que obra, implica contracción: de donde concluyo que es totalmente imposible. ¿Qué es lo que presenta al espíritu una substancia que no es nada de lo que nuestros sentidos nos pueden hacer conocer? ¿Es posible concebir la unión del alma y del cuerpo, y cómo este cuerpo material puede ligar, encerrar, determinar a un ente fugitivo que se escapa de todos los sentidos? El resolver estos problemas con milagros, y hacer intervenir a la Divinidad, ¿no es confesar ignorancia ó el designio de engañarnos? Ninguna cosa hay más popular que el dogma de la inmortalidad del alma y la esperanza de otra vida y es porque habiendo inspirado la naturaleza a todos los hombres el amor más vivo de su existencia, el deseo de permanecer siempre en ella fue una consecuencia necesaria. Este deseo se convirtió muy luego para ellos en certidumbre: y del deseo que la naturaleza les había impreso de existir siempre, se hizo un argumento para probar que el hombre no dejaría jamás de existir» (pp. 174, 178, 274).

Origen de la religión: «Las sociedades, dice, en su origen viéndose muchas veces afligidas y maltratadas por la naturaleza, supusieron en los elementos o en los agentes ocultos que los reglaban, voluntad, fines, necesidad y deseos semejantes a los del hombre. De aquí nacieron los sacrificios imaginados para alimentarlos, las

Digamos, en fin, que nuestros desconocidos autores hacen referencia a los *Desengaños Filosóficos* del Dr. Fernández Valcárcel, alabándolo, pero este canónigo palentino no parece referirse a ellos ni al *Sistema de la naturaleza*, a pesar de que el cuarto y último tomo de aquella voluminosa obra no se publica hasta 1797.

libaciones para satisfacerlos, el humo y el incienso parda lisonjear su olfato. Al principio se les ofrecieron los frutos de la tierra y la yerba, después se les sirvieron viandas; se les sacrificaron corderos, terneras y toros; y como los vieron casi siempre irritados contra el hombre, les sacrificaron poco a poco niños y hombres. Finalmente el delirio de la imaginación, que va siempre en aumento, hizo creer que el Agente Soberano que preside a la naturaleza no podía ser aplacado sino por el sacrificio de un Dios» (p. 373).

Males de la religión: «La naturaleza dice al hombre que consulte su razón y la tome por guía: la religión le enseña que su razón está corrompida, que es una guía infiel, dada por Dios para descarriar a sus criaturas. La naturaleza dice al hombre que se instruya y busque la verdad: la religión le manda que no examine nada, que permanezca en la ignorancia, que tema la verdad. La naturaleza dice al hombre que sea sociable, que ame a sus semejantes, que sea justo, pacífico, e indulgente, que haga gozar y dexé gozar a sus asociados: la religión le aconseja que huya de la sociedad, que se desprenda de las criaturas, y las aborrezca cuando su imaginación no les proporciona sueños conformes a los suyos; que rompa por su Dios los vínculos más sagrados; que atormente, que aflija, que persiga y que mate a los que no quieran delirar a su modo. La naturaleza propone al ciudadano por modelo hombres dotados de un alma honesta, noble y enérgica, que han servido útilmente a sus conciudadanos: la religión les alaba unas almas abatidas, unos penitentes frenéticos que han turbado los imperios con opiniones ridículas» (pp. 528, 529).

Los sacerdotes: «Los sacerdotes, dice, no predicán las más de las veces sino el odio, la discordia y el furor en nombre de Dios: son por lo común más ambiciosos, más avaros, más duros, más obstinados y más vanos que los demás. Vémoslos luchar contra la autoridad soberana, armar al Príncipe contra los súbditos, y a los súbditos contra el Príncipe, y distribuir a los pueblos crédulos cuchillos para matarse. Han corrompido la juventud, y se han hecho de maestros exclusivos de la educación» (pp. 507, 508, 513, 514, 515, 584).